SOCIEDAD

Un entre a la firme y sereno

El pelo blanco, la mirada viva y la voz sin estridencia, Juan José Crottogini repasó su vida durante una hora con la serenidad de aquél a quien nunca ha traicionado la memoria. Doctor honoris causa desde hace 20 días, habló de esta poco común distinción que otorga la Universidad con natural y reposada alegría.

—Una entrevista, dice usted. Yo digo "otra" entrevista. Creo que se exagera en esa exaltación de los valores de una persona.

—Usted, entonces, se resiste a que le hagan propaganda. Yo no pensaba hacerle propaganda, mostrar sus valores, más bien quería mostrar lo más cotidiano.

—Mmm... dónde está el límite. Qué difícil. Mire, le contaré algo que a usted le va a gustar. Ahí donde está sentada, en ese sillón, y en este mismo escritorio, hace casi 30 años, el actual diputado Guillermo Chifflet vino a hacerme una entrevista para **Marcha**. El motivo era que yo acababa de entrar a la Universidad como rector.

—El mío es que acaban de otorgarle el honoris causa. Algo realmente importante si tenemos en cuenta lo avara que es la Universidad en el discernimiento de estos títulos. Hay otro mercedario que también lo ganó. Por lo menos otro que yo conozco, Mario Cassinoni, al que usted conoció en el ferrocarril cuando se venía a estudiar a Montevideo, ¿por qué no me cuenta eso?

—¿No es muy conocida esa historia?

—A mí me la contaron ayer.

—Bueno, si todo el mundo ya la conoce usted será responsable. Yo había terminado el liceo y venía a hacer los preparatorios de medicina a Montevideo. En esa época no había ómnibus, y el tren que salía de Fray Bentos hacia Montevideo recorría todo el norte, así que demoraba más de 15 horas en llegar. Yo entonces fui a tomar el tren que salía de Mercedes. Me siento del lado de la ventanilla, y veo en el andén un joven alto, flaco que está lloriqueando, despidiéndose de su padre.

—Como si se fuera al Africa Central.

—Ah, pero es que entonces venir a Montevideo era casi una aventura. El muchacho sube, se sienta a mi lado, y al rato empezamos a hablar. "¿Usted adónde va?" "Yo a Montevideo ¿y usted?" "También." "¿Y qué va a hacer?" "Estudiar." "Yo también. ¿Y qué va a estudiar?" "Medicina ¿y usted?" "Medicina". Bueno la cosa fue que los dos nos recibimos de médico, naturalmente estudiamos juntos. Hicimos juntos el concurso para practicante interno. Los dos fuimos profesores titulares, los dos fuimos decanos de la Facultad de Medicina y luego rectores.

—Es curioso, dos personas se conocen en el ferrocarril y sus vidas se desenvuelven de forma tan parecida.

—A los dos también nos gustaba mucho el fútbol. Cuando había un partido importante nos íbamos cuatro o cinco horas antes, pero llevábamos los papeles para repasar.

—Cuénteme un poco sobre la Mercedes de su infancia.

—Le cuento de Fray Bentos donde nací y pasé mis primeros 15 años. Una ciudad lindísima, recostada en el río Uruguay, al cual se accedía por grandes barrancas. Eramos nueve hermanos y mis padres. Y yo tuve la suerte de poder ir al liceo allí mismo, gracias a la ley de Batlle y Ordóñez, de 1912, por la cual se habían sembrado liceos por todo el Interior del país. Se recuerda poco esto. Y es de enorme trascendencia.

—Era la época en que los mejores profesores estaban en la enseñanza pública.

—No se trata de que hoy los profesores sean malos. La gente se queja. Hay una tendencia a creer que lo pasado fue mejor. Pero cuando yo hice cuarto de liceo éramos 9 alumnos. ¿Cuántos son hoy? ¿Puede un profesor llegar a todos cuando las clases tienen 70, 80 alumnos?

—También se dice que nuestra medicina ha bajado de nivel.

—Los médicos para sobrevivir hoy, para mantener a su familia, tienen que estar todo el día corriendo de un lado para otro. Esto hace que pierdan tiempo, concentración, energía.

—Cuando se dice que nuestra medicina ha bajado de nivel creo que más bien se habla de la falta de aparatos que son corrientes en países más ricos.

—Si va por ese lado nos ponemos de acuerdo. La ciencia médica ha progresado de manera notable en poco tiempo y al país le cuesta ponerse al día en lo que se relaciona con el ejercicio práctico de la medicina. En el país no se fabrican los aparatos e instrumentos que usa hoy la medicina. Como no se fabrican placas radiográficas ni medicamentos, que en su mayor parte son extranjeros.

—Muchos medicamentos traen la etiqueta "Industria uruguaya".

—Pero no son uruguayos. Lo que se hace aquí es envasarlos y ponerles esa etiqueta.

—Que sirve para dejarnos contentos.

—Eso es. Pero sigo. Si pensamos que todo esto sube de precio en su país de origen al tiempo que nuestra moneda sigue bajando tendremos claro por qué el ejercicio eficaz de la medicina es cada vez más caro. Pienso nomás cuántos días quedaba en el hospital una mujer que tenía familia hace años y cuántos queda hoy. De siete u ocho se pasó a tres. Pero hay que considerar que otras mujeres están necesitando el lugar.

—Usted es ginecólogo y obstetra. Ayudar a nacer tiene algo espiritual, me imagino. ¿O esa es una fantasía de los que no somos médicos?

—Tiene, sí. Es algo muy interesante. El primer parto tiene o tuvo para mí, algo desagradable. Yo era estudiante de medicina y fue así. Tenía allí alguien que sufría y luego sangraba y poco podía hacer.

—Tampoco hoy se puede hacer mucho.

—Eso ha cambiado, ha cambiado. Yo introduje en el año 55 el parto sin temor.

—Se refiere a la respiración y a la gimnasia previa.

—Sí, a todo lo que aprendí en el Hospital Metalúrgico de París con el profesor Lezame, quien fue el iniciador y le llamó parto sin temor.

—También sin dolor.

—Ese ya fue un cambio de las editoriales que publicaron el libro *–dice Crottogini riendo–*. Así vendían más. Pero fue realmente sin dolor en la concepción soviética. En la Unión Soviética siempre se tuvo un enorme respeto y se le tiene todavía –aunque ya no se llame Unión Soviética–, por los estudios de Pavlov. A partir de los estudios de Pavlov sobre sistema nervioso y sistema nervioso superior surgió la idea de trabajar para llegar al parto sin dolor.

—¿Y se arribó realmente a que fuera sin dolor?

—En cierto modo sí. En mi clínica trabajó durante años el doctor Hugo Sacchi, recientemente fallecido... una pérdida grande *–dice Crottogini y queda en silencio durante largos segundos–*. El se dedicó al tema con verdadera pasión. Hizo libros, películas *–dice y vuelve a quedar en silencio, con la mirada en la ventana por donde entra un débil sol de invierno–* Trabajó conmigo en la clínica durante treinta años. Era un hombre de grandes condiciones. Un verdadero demócrata, un gremialista incansable que sufrió cárcel y luego exilio. Durante éste, en México, una de sus preocupaciones fue la salud de los otros compañeros exiliados.

—Hablábamos de ese primer enfrentamiento con un nacimiento: el dolor de la paciente, la sangre.

—Sí, pero pasa el tiempo y uno madura, sabe más, suma experiencia, todo lo cual permite comprender mejor las reacciones de la mujer. Entonces en el parto hay dos cosas. Las quejas de alguien cuyo sufrimiento muchas veces no podemos remediar, que nos pone mal. Es algo desagradable, uno quisiera impedir el sufrimiento y no puede. Y por otro lado tenemos el grito del niño que viene al mundo que nos pone en las antípodas de lo anterior. Uno se siente feliz. Y cuanto más fuerte este llanto mayor la alegría, porque está viendo la vitalidad del producto de la concepción. Tenemos entonces, frente al parto, en un momento desazón y luego alegría.

—Las mujeres que lo conocen en esta actividad hablan de su serenidad.

—La serenidad siempre ayuda, no sólo en medicina. Da calma cuando es necesario esperar y aumenta la claridad mental cuando hay que decidir. Pero tal vez lo más importante, en el caso que estamos viendo, es esa especie de transfusión de sentimientos entre el médico y la paciente. Cuando ésta siente la serenidad del médico, se serena.

—La serenidad sería entonces un elemento fundamental.

▶

—Además, del conocimiento, claro. Y también otra cosa que para mí es muy importante: lo social. No es lo mismo atender un parto en la maternidad del Pereira Rossell, llena de dificultades que no son sólo de ahora.

—Quiere decir que siempre hubo carencias.

—Sí, siempre las hubo, de local, de personal, de retribución económica, etcétera. A todo lo cual debemos añadir el material humano que se atiende en el hospital. A menudo son mujeres que traen problemas que no tienen las que atendemos en algún sanatorio a pocas cuadras del Pereira. Mujeres que vienen de las zonas más pobres donde generalmente domina la multiparidad. Las diferencias son graves. Uno pasa de las carencias de aquí a la abundancia de allá. Empezando por el cuarto de la paciente, casi siempre con flores y regalos para el niño. Y además todos los medicamentos que se consideran necesarios y las placas. Creo que el médico que no es capaz de sentir profundamente estas dolorosas, abismales diferencias tampoco podrá comprender los fenómenos sociales y económicos que vive nuestra sociedad.

—¿Su posición política tendrá que ver con esta experiencia?

—Creo que mi actitud política se ha profundizado o acentuado a partir de mi experiencia como médico. La medicina enseña mucho, como creo que también el sacerdocio.

—Cuénteme de su elección como vicepresidente del Frente Amplio.

—Yo estaba en el servicio de ginecotocología del Hospital de Clínicas, cuando un amigo mío y de Michelini me informó sobre la creación del Frente Amplio y me trasmitió una invitación para hablar en El Galpón. El tema era "Estudiantes de medicina y médicos". Allí, entre los concurrentes, estaba Julio Castro quien, según me enteré más tarde, propuso mi nombre a la Mesa del Frente. Quijano, propuesto antes que yo, no había aceptado. Yo dije que aceptaba y, bueno, pasé a integrar la Mesa Política del Frente.

—En ese momento en que fue propuesto alguien dijo que tal vez usted no sería aceptado por los estudiantes por el problema con la FEUU a mediados de los sesenta. Allí, creo que Martín Ponce aclaró que usted no sólo no tenía problemas con la FEUU sino que era un hombre querido por los estudiantes. ¿Cómo fue todo ese problema que lo llevó a renunciar a su cargo de rector?

—Estábamos en los finales del gobierno blanco, era un momento de gran efervescencia y la FEUU estaba luchando como siempre. Yo diría que era un momento difícil, los ánimos estaban muy exacerbados. El país sentía que las medidas de seguridad estaban en la puerta. El clima era realmente turbulento. La FEUU decide entonces hacer un acto en el Paraninfo de la Universidad para lo cual pide permiso. Estaba reunido el Consejo Directivo que debía dar el visto bueno cuando el portero me comunica que el salón del Paraninfo había sido ocupado. Esas actitudes no me gustaron. Yo había tenido siempre excelente relación con los estudiantes, pero en ese caso sentí que la autoridad del rector quedaba totalmente superada por una decisión estudiantil. Siempre fui partidario del cogobierno. Lo cual no excluye que haya alguien que dirija. Creo que si se nombra un dirigente es para dirigir. Y dirigir no es obligar ni humillar, por supuesto. Pero si quien fue elegido para un cargo de dirección encuentra que está perdiendo totalmente la autoridad debe renunciar. Pero a esto todavía se sumó otra cosa en esos días. En el Hospital de Clínicas habían empezado los primeros paros y huelgas. El hospital era en ese momento administrado por la Universidad después de muchas discusiones y peleas. Incluso peleas en la calle. Yo, como rector novato, me encuentro de pronto, con motivo de la huelga, enfrentado a un problema grave. Un 45 por ciento de los pacientes del hospital era del Interior. No ocurría como hoy que la televisión es algo corriente aun en las familias más pobres y las noticias corren. Entonces se daba el caso de que llegaba de Tacuarembó una anciana acompañada de su hija, o una joven acompañada de su madre al hospital. Pagaban pasajes, se trasladaban y encontraban que en el hospital no sólo no podían quedarse sino que ni siquiera les decían cuándo podían volver.

—¿Usted qué proponía?

—Proponía cerrar el hospital por quince o veinte días, mientras siguieran las discusiones, y atender a los enfermos que ya estaban internados. Hice esa moción en el Consejo Directivo Central. Pero no fue apoyada por ninguno de los miembros del Consejo donde había varios decanos. Esto me provocó un gran dolor y fue lo que, sumado a lo anterior, decidió mi renuncia. Me sentí desbordado.

—Tuvo que renunciar.

—Sí, aunque no me fui de la Universidad, en lo cual estuve muy bien. Pedí que, además de aceptar mi renuncia, me designaran en una comisión interna, de trabajo de la Universidad.

—La FEUU, si no me equivoco, pidió que reconsiderara su decisión.

—Sí, pero yo ya no quise volver atrás.

—Bueno, lo designan candidato a vicepresidente y pocos días después sale con el resto de la Mesa y otros, hacia el norte, hacia Rivera. Allí, recuerdan quienes estuvieron con usted, que habló y deslumbró a los riverenses por todo lo que sabía sobre el departamento.

—Yo no llegaba a ningún lugar del Interior sin informarme sobre todo lo que consideraba que debía saber. Historia, economía, política, educación. El hecho de que diera clases creo que me facilitaba la tarea. Por lo menos me había enseñado que el discurso debe ser corto. Uno siente en las clases cómo se empiezan a mover las sillas cuando el tiempo es excesivo.

—Y allí habló de un fenómeno que era muy frecuente en los departamentos fronterizos, pero sobre todo en Rivera.

—Contrabando.

—Claro, ¿recuerda qué dijo?

—A ver, a ver... ¿Qué puedo haber dicho? Ayúdeme... Ya sé, dije que estábamos a metros de otro país y los contrabandistas pasaban por entre las patas de los caballos. Y que había dos clases de contrabando, el quilero, del que trae un poco de azúcar, yerba o café para el consumo, que es ilegal pero no inmoral. Y otro contrabando –y me referí allí a algunos negocios bancarios no del todo claros– que pasaba desapercibido y que era además de ilegal inmoral.

—Quiere decir que no lo asustó hablar en público.

—Me asustó hablar en público cuando, días después, el 26 de marzo, se hizo el acto del Frente en la explanada municipal.

—¿Por qué se asustó?

—Primero por la enorme multitud que se había congregado y por la gente que ocupaba el estrado. Era muy impresionante, una gran responsabilidad. Vi aquella multitud y dije algo que arrancó un aplauso enorme y muy cálido. Me animé. Perdí el miedo.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Dije: "Este acto es un plebiscito en la alegría, como el entierro de Liber Arce fue un plebiscito en la tristeza".

—La explanada se vino abajo.

—Sí, yo me envalentoné un poco. Después Quijano publicó la frase en la tapa de **Marcha**, así como la crítica que yo había hecho respecto al manejo del país a través de 27 puntos... La última vez que lo vi a Quijano en México, en el año 76, él se acordaba de todo esto.

—¿Cómo se sintió usted cuando se llevaron preso a Seregni y la mayoría de la gente estaba, si no presa, fuera del país? Ahí el Frente la cayó sobre los hombros.

—Bueno, hubo una situación de hecho, a partir de la prisión de Seregni, que me llevó a ocupar la dirección del Frente.

—Quiere decir que fue el presidente de la Mesa del Frente en la clandestinidad.

—Sí, sí, claro que sí. En la clandestinidad. Las reuniones fueron muchísimas. Aunque mejor no hablar demasiado de este tema.

—Lo dejamos así. ¿Es verdad que usted se hizo cargo de muchas de las deudas del Frente?

—Ah no, no diga eso.

—Mire que eso no es malo, es bueno.

—No, no, no... no, no.

—Bueno, hablemos de cuando era joven y jugaba al fútbol.

—Ah, era lindo.

—Me doy cuenta de que era lindo porque se le iluminaron los ojos.

—Es que yo jugaba muy bien al fútbol. Jugué en primera división en el club Belgrano. Jugué contra Scarone, Petrone y todos esos. Cuando les muestro las páginas amarillas de los diarios de entonces a mis nietos recién lo creen. Si no fuera por esas páginas no lo creerían.

—¿En qué puesto jugaba?

—Entreala derecho. Jugué también en la Liga Universitaria mucho tiempo. En esa época la Liga jugaba una vez al año contra Peñarol; lo que se recaudaba, Peñarol lo cedía a la Liga. Y le cuento algo: la cancha, que pertenecía al club, estaba aquí mismo, donde estamos ahora. Con los años se abrió la avenida Soca y se construyeron todas estas casas. Entre ellas ésta donde vivo y la de mi hija.

—Trate de recordar alguno de aquellos partidos. Alguno que haya sido especialmente emocionante.

—No, no, no creo que corresponda extenderme demasiado en el tema.

María Esther Gilio
Fotos: nancy Urrutia

TRANSFORME LAVORO EN PIACERE... DESCUBRA A UFFICIO.

Descubra sus líneas, su clase en el diseño, su nobleza de materiales. Descubra entre otros, nuestros diseños específicos para informática. Ufficio; la nueva creación de Walter Hugo S. A. cuenta con la seriedad de más de cuarenta años en plaza y fabricación propia. Aspire a más. Descúbranos, y cambie rutina por el encanto del confort. Ufficio. Equipamiento integral a la altura de su oficina.

UFFICIO
EQUIPAMIENTOS

25 de Mayo 677 96 29 44 · 96 29 58 Fax 96 14 72